

TESTIMONIOS LITERARIOS DE LOS ORÍGENES DEL MOVIMIENTO CRISTIANO. UNA INTRODUCCIÓN BREVE AL NUEVO TESTAMENTO

Es importante conocer los distintos tipos de literatura que encontramos en el NT. También lo es saberlos situar en el contexto concreto de los inicios del Cristianismo en el cual se gestan: cómo surgen, a qué responden, qué pretenden. Los textos no son ajenos a la vida y a los problemas de las primeras comunidades cristianas en continua tensión entre la fidelidad al mensaje del Resucitado y las diferentes situaciones históricas y vitales en las que debe vivirse.

Revista Latinoamericana de Teología, 62 (2004) 99-119.

LOS ORÍGENES DEL MOVIMIENTO CRISTIANO

En el origen de las Iglesias cristianas está Jesús, un campesino de Galilea, colonia pobre y oprimida del imperio romano.

Su lengua materna era el arameo, lengua semita emparentada con el hebreo. La lengua y cultura dominante en el mundo del que su país formaba parte era el griego. Es probable que si Jesús trabajó en Séforis, conocía (y hablaba) el griego.

Su religión era la del pueblo de Israel, centrada en el Templo de Jerusalén y en unos libros que recogían las tradiciones religiosas de este pueblo. Los cristianos denominamos este *libro* “el Antiguo Testamento”, pues, con los escritos canónicos cristianos, el “Nuevo Testamento”, forman parte ahora de “la Biblia” cristiana, de *los libros* o *Biblioteca*, que cons-

tituye la literatura sagrada del cristianismo. La *literatura* “bíblica” era un elemento constitutivo de su fe.

Su marco político era el imperio romano en medio de unas mayorías empobrecidas, que sufrían las consecuencias de la opresión económica del imperio y de sus colaboradores en Palestina. Según los evangelios, Jesús fue muy sensible a este sufrimiento. Anunció que el reinado de Dios y la liberación estaban cerca.

Pero no parece que Jesús escribiera nada. Fueron los escritos de sus discípulos los que dieron un impulso fundamental a su movimiento.

La pregunta es cómo se originó la literatura del Nuevo Testamento y qué tipo de literatura encontramos en él.

LOS ORÍGENES DEL NUEVO TESTAMENTO

Jesús murió, según parece, en la pascua del año 30. Hombre muy conflictivo para los poderes políticos, religiosos y económicos, murió denunciado por las autoridades religiosas legítimas de su pueblo. Condenado a la cruz por las autoridades romanas, como un terrorista más, murió abandonado por todos, a excepción de unas pocas mujeres, que le habían seguido desde Galilea.

Su muerte provocó una crisis de fe en sus discípulos y huyeron a Galilea. Los que lo habían condenado pensaron que habían acabado con él y con su movimiento religioso de protesta. Pero una experiencia impactante cambió radicalmente la vida de los primeros compañeros y compañeras de Jesús y su manera de ver la realidad. Jesús seguía realmente vivo, aunque se hacía presente de manera diferente. Se trató de lo que los cristianos denominamos la “experiencia pascual”. El Dios liberador del Éxodo había vuelto a intervenir de modo definitivo en la historia en favor de las víctimas —en favor de Jesús, a quien resucitó de entre los muertos (cfr. Hch 3,12-16).

Pero ¿cómo conocemos esa experiencia si ninguno de nosotros estuvo presente? Sólo a través de la literatura tenemos acceso a lo que debió ser esta experiencia pascual. Los testimonios literarios más antiguos de la misma se encuentran en el Nuevo Testamento en forma de confesiones de fe, de

credos (cfr. Rm 10,9), o de himnos (cfr. Flp 2,6-11).

Una *confesión de fe* muy antigua (1Co 15, 3-5) denomina *aparición* a la manera como Jesús resucitado se manifestó a sus discípulos. Emplea la fórmula griega (*ôphthê*), que el Antiguo Testamento utilizaba para las manifestaciones de Dios. La fórmula señala la iniciativa gratuita de Dios, en su aparición y que de Él sólo deja ver lo que el ser humano es capaz de ver. El resucitado se manifiesta “a la manera de Dios”. Esto es decisivo para la fe de la comunidad. También muestra hasta qué punto Dios se ha identificado con esta víctima y con todas las de la historia (cfr. Mt 25, 31-46).

Más tarde, se crearon relatos (algunos en los evangelios) para explicitar literaria y teológicamente el significado de aquella experiencia para los cristianos que habían llegado a creer en Jesús (cfr. Lc 24; Jn 20).

Sólo hay un testigo directo, Pablo, que nos habla de esta experiencia. Usa diversos lenguajes literarios (revelación, aparición y el de transformación de la propia vida que ello implicó). Pablo es consciente de que choca con una “barrera del lenguaje”, pues quiere explicar que Dios, por medio de Jesús resucitado, ha irrumpido en su vida, cambiándola radicalmente.

Ante la experiencia pascual, los discípulos regresaron a Jeru-

salén, convencidos de que estaban en los últimos tiempos. Como buenos creyentes judíos pensaban que era el tiempo en el que Dios instauraría definitivamente su reinado en Jerusalén. Por eso regresaron a esta ciudad, a la espera del fin del mundo hablando a los judíos sobre la persona y el significado de Jesús de Nazaret, a quien Dios había resucitado de entre los muertos, dándole así la razón contra sus adversarios. Eso es lo que reflejan los discursos de Pedro, que encontramos en Hch 2,22-24 o en 10, 37-43.

Ante el retraso del retorno definitivo de Jesús la predicación cristiana se fue extendiendo en el espacio y en el tiempo. Como los primeros testigos de la vida de Jesús morían, se hizo necesario poner por escrito los textos fundamentales de la comunidad, para evitar que el recuerdo de lo que Jesús hizo y dijo se deformara. Los animadores de las comunidades escribieron cartas para iluminar los puntos controvertidos en las comunidades, sobre todo cuando éstas no tenían acceso a los testigos inmediatos de Jesús necesitando orientación para resolver

cuestiones y litigios. La *literatura* marcó decisivamente el cristianismo. Podríamos denominar al cristianismo –al judaísmo y a la religión musulmana – una *religión del libro*.

¿Cómo fue naciendo la literatura del Nuevo Testamento? La más antigua la deducimos de los testimonios escritos que encontramos en el Nuevo Testamento: 1) las confesiones de fe e himnos antiguos que encontramos en los diversos escritos del Nuevo Testamento; y 2) la colección perdida de palabras de Jesús (o “fuente Q”), de algún modo incorporada en Mateo y Lucas (que han usado también a Marcos para escribir sus obras).

Dos tipos de literatura fueron decisivos: los “evangelios” y las “cartas”. También fueron significativos los *Hechos de los Apóstoles* y el *Apocalipsis de Juan*. Veamos su matriz socioreligiosa, pues hay que explicar por qué existen cuatro evangelios “canónicos” y no uno solo y por qué el Nuevo Testamento refleja unas iglesias cristianas tan plurales (aunque todas ellas tienen un cierto “aire de familia”).

EL NACIMIENTO DE LAS IGLESIAS CRISTIANAS Y EL TESTIMONIO LITERARIO DE LAS ETAPAS DE LOS ORÍGENES CRISTIANOS

La Iglesia “madre” de Jerusalén

Jerusalén era una ciudad bilin-

güe. Había judíos de lengua aramea y griega. Para celebrar y cultivar su fe, se reunían en sinagogas en las que se leía la Biblia en

hebreo y se comentaba en arameo el texto leído (los *Targums*). En las sinagogas helenistas, se leía la Biblia en alguna de sus traducciones griegas (por ejemplo, la de *los Setenta*) y se comentaba, luego, el texto leído en esta lengua.

Los primeros cristianos de lengua aramea

Los primeros compañeros de Jesús (entre ellos los *Doce*) y los primeros conversos eran de lengua aramea. La primera comunidad cristiana de Jerusalén hablaba esta lengua y era profundamente judía en sus costumbres religiosas. Participaba en el culto en el Templo y podía ser vista por sus conciudadanos como una secta judía que creía que Jesús era el Mesías.

Los primeros cristianos eran y se sentían judíos de religión. No eran conscientes de la “novedad” cristiana que, con la muerte de Jesús, aparecerá más tarde en textos como Mc 2,21-22, en el marco de unas controversias que muestran la distancia entre la interpretación de la ley que es propia de Jesús y la que realizan los fariseos.

Inicialmente, Pedro y el resto de los Doce jugaron un papel importante. Poco después ocurre un hecho significativo. Santiago, el hermano de Jesús (cfr. Ga 1,19), que no era miembro de los Doce y se distinguía por su profunda religiosidad judía, pasó a liderar

esta comunidad. Este grupo en torno a Santiago no ha dejado ningún escrito normativo significativo en el Nuevo Testamento. Por eso, su interpretación “conservadora” de la fe no se convirtió en normativa para el cristianismo. Este hecho puede servir de toque de atención para todas las iglesias que se niegan a aceptar los signos de los tiempos y a inculturar adecuadamente la fe.

Los primeros cristianos en lengua griega

Pronto se convirtieron judíos de lengua griega. Su cultura y la genialidad teológica de sus líderes —el más significativo fue Esteban— les ayudó a tomar conciencia de la novedad cristiana y de que el Templo ya no era significativo como no lo había sido para Jesús (cfr. Mc 11,15-19). Relativizaron las leyes de pureza cultural judías que dificultaban la misión y la universalidad cristianas. Interpretaron el Antiguo Testamento y el significado de Jesús de forma novedosa e innovadora.

El primer conflicto entre cristianos

Los cristianos judíos de lengua aramea se inquietaron ante esta interpretación. Surgieron tensiones entre ambas comunidades. Lucas lo refleja en Hch 6,1-7, aunque disimulando el conflicto real,

que era teológico. Lo disimula porque los *Hechos de los apóstoles* quieren ser una presentación teológica de lo que fueron las primeras comunidades cristianas. Destaca lo que éstas tenían de modélico para que sirvieran de ejemplo a sus comunidades, que ya vivían en otra época y empezaban a tener conflictos internos serios. Lucas presenta un conflicto económico. Dice que las viudas de los cristianos judíos de lengua griega se sentían marginadas.

Los Doce convocan a la comunidad de Jerusalén. En esta reunión se decide que los Doce Apóstoles se dedicarán al “anuncio de la Palabra”, mientras que el servicio caritativo de las mesas lo realizarán “siete hombres de buena reputación, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría”. Estos “servidores” o “diáconos” llevan nombres griegos y uno, Nicolás, es de origen pagano (*cf.* Hch 6,2-6).

Pero la realidad que refleja este conflicto tuvo que ser otra, pues vemos que al líder de los *siete* diáconos, Esteban, los judíos no cristianos lo hacen asesinar. Lo condenan por su predicación sobre Jesús, muy crítica con el Templo y con la interpretación judía del Antiguo Testamento (*cf.* Hch 6,8-7,60). Otro diácono, Felipe, aparece en Hch 8, 4ss. enseñando y bautizando. Los *diáconos* son, pues, los líderes religiosos del grupo de la comunidad de Jerusalén de lengua griega.

Los Doce, aceptan y sancionan

este liderazgo (Jesús no había decidido nada sobre el modo cómo debían estructurarse las iglesias que nacieran después de pascua) y respetan tanto el incipiente pluralismo de las iglesias cristianas como el que las comunidades elijan a sus líderes. Eso explica, que, según Lucas, los líderes helenistas sean *siete* (número simbólico). El *doce* estaba ocupado por los discípulos que Jesús escogió como signo de que venía a reconstituir el pueblo de Israel y la alianza. Ambos números simbolizan la “nueva alianza” de Dios con su pueblo y con la humanidad a través de la Iglesia cristiana. Las iglesias cristianas son muy conscientes de su entronque con el pueblo de Israel, escogido por Dios para realizar su proyecto universal de liberación a favor de los pobres y marginados. Ellas se sienten ahora el “*reino de sacerdots*” (1Pe 2,9; Ap 1,6; una imagen tomada de Ex 19,6).

La primera persecución contra los cristianos

Esa interpretación “helenista” más radical del proyecto de Jesús entró pronto en conflicto con los judíos no cristianos más conservadores. Cuestionar el culto en el Templo, la celebración del sábado o las leyes culturales resultaba para muchos un escándalo, un ataque a la identidad de Israel. Se desencadenó por ello la persecución contra este grupo que desembocó en el asesinato de Esteban

(cfr. Hch 7,1-60) y en la persecución contra todo el grupo helenista, que se dispersó y empezó la misión fuera de Judea. Los Doce no fueron perseguidos, ni dejaron Jerusalén (cfr. Hch 8,1), porque los dirigentes judíos no veían que cuestionaran la identidad religiosa judía.

La dispersión y misión realizada por los cristianos de la línea más innovadora ayuda a entender por qué todos los escritos del Nuevo Testamento reflejan la línea abierta de la Iglesia cristiana. La de Jerusalén y los cristianos judíos conservadores quedaron pronto en minoría. Su interpretación de la fe cristiana no fue asumida por las grandes iglesias cristianas.

La Iglesia de Antioquía

Misioneros cristianos helenistas predicaron en Antioquía (cfr. Hch 11.19ss), donde existía una numerosa colonia judía. Un buen número se convirtió al cristianismo manteniendo la línea teológica helenista. El grupo de cristianos que provenían del paganismo y pasó a formar parte de esta Iglesia fue cada vez mayor. No eran obligados a circuncidarse ni a cumplir las normas culturales judías.

La Iglesia de Antioquía aparece entonces, en cierto modo, como una religión propia. Por eso allí por primera vez se denominó “cristianos” a los seguidores de Jesús. Pablo fue incorporado por

Bernabé a esta comunidad (cfr. Hch 11,25s), convirtiéndose en un líder teológico y en un gran misionero (cfr. Hch 13).

El “concilio” de Jerusalén

La comunidad creció desarrollando la nueva identidad eclesial muy abierta a las personas de origen pagano. Esto inquietó a la comunidad “madre” de Jerusalén, que lo consideró una devaluación del auténtico cristianismo.

Para resolver el conflicto teológico, la comunidad de Antioquía delegó a tres de sus miembros, dos de origen judío (Bernabé y Pablo) y uno de origen pagano (Tito), para que fueran a Jerusalén y trataran de resolverlo. El único testimonio directo de este encuentro lo hallamos en Pablo (cfr. Ga 2,1-10). Según él, la conversación con los dirigentes de la Iglesia de Jerusalén (especialmente con Santiago, Pedro y Juan) llevó a que éstos aceptaran como legítimo el modo como se vivía el cristianismo en Antioquía. En este encuentro, se encargó a Pedro que liderara la misión entre los judíos, mientras que Pablo se encargaría de la misión entre los paganos (cfr. Ga 2,7-8). No se consideró necesario que la comunidad de Antioquía circuncidara a los paganos conversos, ni que impusiera ninguna obligación cultural judía a sus miembros. Se les pidió solidaridad económica, en señal de comunión entre las iglesias que ya no eran específicamente judías y la

Iglesia de Jerusalén.

Parece que fue en Antioquía donde se escribió el *evangelio de Mateo*. El evangelio reflejaría la postura teológica de Pedro y de la comunidad de Antioquía, una vez Pablo se ha independizado de ella y se ha dedicado a la creación de iglesias formadas por cristianos de procedencia pagana. Antioquía mantiene la novedad cristiana (cfr. Mt 9,10-17) esforzándose aún más que Pablo por mostrar la continuidad con el Antiguo Testamento (cfr. Mt 5,17-20).

Las iglesias paulinas

La Iglesia de Antioquía respiró con la decisión “aperturista” del “concilio de Jerusalén”. Cuando Pedro llegó a ella, tomó en serio las decisiones del “concilio”: compartía la mesa con los cristianos de origen pagano sin preocuparse de las normas de pureza cultural judía, que lo prohibían. La reunión de Jerusalén había relativizado este aspecto. Pedro se sentía autorizado para actuar con esta libertad cristiana.

Pero cuando llegaron a la comunidad algunos cristianos de la línea teológica de la Iglesia de Santiago (Jerusalén), criticándole que hubiera renunciado a vivir de acuerdo con las normas religiosas judías, Pedro cedió a sus presiones. Quiso evitar problemas con la Iglesia de Jerusalén que se encontraría en dificultades con los judíos no cristianos por la manera

como dicha Iglesia se relacionaba con las iglesias paganocristianas.

La actitud de Pedro creó dificultades a la postura teológica de Pablo. Pedro podía dar la impresión -con su liderazgo indiscutible por haber sido el portavoz de los Doce y el primer testigo de la resurrección- de que para poder ser un buen cristiano había que ser también judío de religión. Es decir, por lo menos se cuestionaba la libertad cristiana con respecto a la Ley. Esta libertad era algo que Pablo, gracias a su experiencia pascual, había deducido del significado profundo de la muerte de Jesús en la cruz (cfr. Ga 2,15s). Podía parecer que el cristiano que vivía la religión judía era mejor que el que no la vivía. Se cuestionaba para Pablo el pluralismo eclesial que él con tanto ahínco había defendido en Jerusalén. Se negaba un principio teológico paulino fundamental, formulado en Ga 3, 26-28: “Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. En efecto, todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús”. Pablo no puede callar ante la actitud de Pedro y le reprende delante de toda la comunidad, como lo recuerda en Ga 2, 11-14: “Mas, cuando vino Cefas a Antioquía, me enfrenté a él cara a cara, porque era digno de reprensión. Pues antes que llegaran algunos del grupo de Santiago, comía en compa-

ña de los gentiles; pero una vez que aquéllos llegaron, se le vio recatarse y separarse por temor de los circuncisos. Y los demás judíos le imitaron en su simulación, hasta el punto de que el mismo Bernabé se vio arrastrado por la simulación de ellos. Pero en cuanto vi que no procedían con rectitud, según la verdad del Evangelio, dije a Cefas en presencia de todos: Si tú, siendo judío, vives como gentil y no como judío, ¿cómo fuerzas a los gentiles a judaizar?”

La mayoría de la comunidad de Antioquía apoyó a Pedro. Pablo, sin romper la comunión fundamental con Pedro y la Iglesia de Antioquía, deja la comunidad y empieza una misión que posibilite unas iglesias en las que la religión judía sea algo secundario y, más bien, negativo.

Testimonio de este modo nuevo de ser Iglesia lo encontramos en las cartas auténticas de Pablo por su conflicto con la religión judía y con aquellos judíos cristianos que quieren rejudaizar a las iglesias. Descubrimos en ellas el testimonio literario de los inicios de la fe cristiana y de las dificultades que vivieron las iglesias cristianas paulinas. La más significativa de estas cartas es Romanos. Es como el testamento teológico del Apóstol. La escribe para defender la legitimidad de sus iglesias paulinas y la comunión de éstas con la Iglesia madre de Jerusalén, por medio de la entrega de la colecta, tal como se había

convenido (cfr. Ga 2,10) en el “concilio de Jerusalén”. En las cartas paulinas aparece la genialidad teológica y misionera de Pablo, el posible influjo de la retórica griega y su esfuerzo por inculturar la fe cristiana en el entorno helenista.

En la esfera de la teología paulina colocamos el evangelio de Marcos. Su gran aportación es haber recuperado lo que fue la vida de Jesús como criterio de discernimiento fundamental para saber en qué consiste realmente su seguimiento.

Después de su muerte, sus discípulos intentarán resolver los nuevos problemas planteados a las Iglesias, apoyándose en su autoridad. Por eso le atribuyen las cartas que ellos escriben. El fenómeno de la *pseudonimia* era bien visto en aquella época. Pienso en 2ª Tesalonicenses, Colosenses, Efesios, 1ª y 2ª Timoteo y Tito. Los discípulos de Pablo son muy conscientes de la importancia que puede tener el género literario *carta* para orientar a las comunidades amenazadas por diversos peligros. El evangelio de Lucas o la 1ª Pedro estarían marcados también por el influjo de la teología paulina.

El evangelio y las cartas de Juan

La literatura que la tradición atribuye a Juan pertenece a una etapa tardía de los comienzos del cristianismo. El evangelio reci-

ría su redacción definitiva a finales del siglo I. Sería un exponente literario de sucesivas relecturas de las tradiciones sobre Jesús que recoge Juan. Las cartas, por lo menos la 1ª, serían posteriores al evangelio.

Detrás del evangelio se encuentra un gran teólogo que formula claramente el misterio de la persona de Jesús y su relación única con Dios Padre.

La Iglesia a la que va dirigida la literatura juánica es de origen judeocristiano, de lengua griega y abierta a la integración de los paganos (cfr. Jn 12,32s). Su fe en la divinidad de Jesús, que culmina en la confesión de fe “Señor mío y Dios mío” (Jn 20,28), que el cuarto evangelio pone en boca de Tomás, llevó a la comunidad a un profundo conflicto con los judíos no cristianos que excluían a los cristianos juánicos de la sinagoga (cfr. Jn 9,22;12,42). El autor va desarrollando su teología novedosa.

Esta teología provocó el cisma dentro de la comunidad. La confesión de la divinidad de Jesús llevó a algunos a negar la humanidad de Jesús (cfr. 1Jn 4,1-3). Por eso, un discípulo, que se denomina a sí mismo el “anciano” o presbítero (cfr. 2 Jn 1,1; 3 Jn 1), escribe una carta para corregir lo que él considera una grave deformación “espiritualista” de la fe cristiana que lleva a no amar al hermano “a quien se ve” con la excusa de que ya se ama a Dios (cfr. 1Jn 3,11-17; 4,19-21).

Las iglesias gnósticas “disidentes” de las grandes iglesias cristianas

Junto a los escritos que llegaron a formar parte del Nuevo Testamento, conocíamos ya desde la época de los Padres de la Iglesia la existencia de una serie de escritos, que no fueron aceptados ni considerados como inspirados por Dios por estos Padres y por la mayoría de las grandes iglesias cristianas. San Ireneo había escrito su obra *Adversus Haereses* para combatir las ideas de estos grupos que se alejaban de las interpretaciones plurales (pero coincidentes en lo fundamental) de las grandes iglesias cristianas que encontramos testimoniadas en el Nuevo Testamento. Durante mucho tiempo apenas se conocían los escritos originales de este grupo de pensadores cristianos.

En diciembre de 1945, un campesino árabe hizo un descubrimiento sorprendente, en Nag Hammadi, en el Alto Egipto. Desde entonces, tenemos la posibilidad de conocer muchos de estos textos, entre ellos evangelios como el de Tomás, el de María, el de Pedro, el de Felipe o el Protoevangelio de Santiago y apocalipsis como el de Pedro. Son obras que se diferencian bastante de los textos canónicos, encabezados por un evangelio tan significativo y antiguo (hacia el 70) como el de Marcos.

Como señala Pagels, “si admitimos que algunos de estos cincuenta y dos textos de Nag Ham-

mas representan formas primitivas de las enseñanzas cristianas, puede que tengamos que reconocer que el cristianismo primitivo es mucho más diverso de lo que se creía antes de que se llevasen a cabo los citados descubrimientos. Es posible que el cristianismo contemporáneo muestre una unanimidad mayor que el de las iglesias cristianas de los siglos I y II. Porque casi todos los cristianos desde aquella época, católicos, protestantes u ortodoxos, han compartido tres premisas básicas: (1) aceptan el canon del Nuevo Testamento; (2) confiesan el credo apostólico; y (3) afirman formas específicas de institución eclesial. Pero cada uno de estos ele-

mentos surgió en su forma actual sólo hacia las postrimerías del siglo II". Durante la formación del cristianismo surgieron conflictos entre los "gnósticos", que señalaban una senda solitaria de auto-descubrimiento, y el marco institucional que daba a la gente una sanción religiosa y una dirección ética en sus vidas cotidianas. El cristianismo gnóstico no pudo con la fe ortodoxa. El proceso de instauración de la ortodoxia excluyó todas las demás opciones. El gnosticismo, que ofrecía alternativas a lo que se convertiría en el empuje principal de la ortodoxia cristiana, fue suprimido, con lo cual la tradición cristiana fue empobrecida".

IMPORTANCIA DEL GÉNERO LITERARIO "EVANGELIO" Y DE LA LITERATURA DEL NUEVO TESTAMENTO COMO TESTIMONIO "NORMATIVO"

El evangelio canónico de Lucas, a finales de los años 80, se hace eco de los intentos por comunicar la tradición de Jesús de Nazaret de un modo que él considera manipulador y deformado (cfr. Lc 1,1-4). Considera necesario "investigar cuidadosamente todo lo sucedido desde el principio" y hacer "una exposición ordenada" de las tradiciones sobre Jesús. Esta preocupación lo llevó a incorporar a su obra el evangelio de Marcos y las tradiciones de la "fuente Q". En su concepción, el género literario *evangelio*, creado por Marcos, posibilitaba dos cosas. Por un lado, recuperar la

vida de Jesús en su concreción, una vida que lo llevó a la muerte, condenado por las autoridades de su época. Y, por otro, leer esta vida e interpretarla a la luz de la resurrección de Jesús, que les abrió los ojos para comprender el significado de esta vida y de las Escrituras del Antiguo Testamento, que la iluminaban (cfr. Lc 24,25-26,44-45). Al ponerlo todo por escrito se evitaba que las tradiciones sobre Jesús pudieran ser manipuladas y deformadas.

No sabemos a qué tradiciones literarias se refiere Lucas en el prólogo de su evangelio. Pero hay

un elemento que parece común a los evangelios y que las grandes iglesias cristianas no aceptaron como inspirados por Dios y, por tanto, como normativos (“canónicos”) dentro del Nuevo Testamento. Me refiero al hecho de que estos evangelios, que la tradición de las grandes iglesias denomina “apócrifos”, además de dar primacía a lo que resulta (excesivamente) “maravilloso”, poco humano, en la vida de Jesús, no suelen situar las palabras de Jesús en el marco de su vida concreta. No cuentan que lo que le llevó a la cruz fue su opción por los pobres y su denuncia de todas las estructuras religiosas, políticas, económicas y sociales, que no ponen el bien del ser humano como expresión máxima y criterio de discernimiento de la voluntad de Dios.

Marcos, el primero que escribió el tipo de obra que él denominó *evangelio* o “buena noticia” (del griego *eu-angelion*) situó las tradiciones sobre Jesús en el marco “biográfico” de su vida. Una vida marcada por la sombra de la cruz.

Con ello, Marcos hizo una gran aportación literario-teológica. Pues al situar los textos de Jesús en el contexto de su vida concreta, evitó su manipulación por parte de personas o grupos concretos. Al fijar por escrito las tradiciones, concatenándolas entre sí, proporcionó una pista de lectura fundamental que posibilitara una mejor comprensión de cada uno de los textos en concreto.

En cambio, un evangelio gnostizante, como el *Evangelio de Tomás*, no tiene ningún interés por recuperar el marco de la vida concreta de Jesús. Se limita a recoger palabras sueltas del Maestro de Nazaret. Ello le permite interpretar a su aire la “parábola de la oveja perdida”, que encontramos también en Mateo 10,10-14 y en Lucas 15,3-7. Según el *logion* o palabra 107 del *Evangelio de Tomás*, “el reino es semejante a un pastor que tenía cien ovejas. Una, *la más grande*, se perdió. Él, entonces, dejó las noventa y nueve y buscó la otra hasta que la encontró. Tras el esfuerzo, le dijo: *Te quiero más que a las noventa y nueve*”. Al omitir el contexto de la vida concreta de Jesús y su opción por los pobres y marginados, le es posible al autor de este evangelio cambiar la “lógica” de Jesús, sin que el lector se dé cuenta necesariamente de ello.

En Mateo, en cambio, el pastor va a buscar la oveja simplemente porque está perdida. Y con ello se justifica, por el contexto (cfr. Mt 18,1ss), la valoración y la defensa que hace Jesús de los pequeños, algo que encaja perfectamente con la “lógica” de Jesús, que aparece en los cuatro evangelios canónicos. Algo semejante ocurre en Lucas. En él (cfr. Lc 15,1-2), la parábola sirve para justificar que Jesús vaya a buscar, coma con los pecadores y publicanos, despreciados por los que se creían piadosos y mejores. En la misma línea hay que colocar la crítica que Jesús, a continuación,

hace del hermano mayor de la “parábola del hijo pródigo”, que desprecia a su hermano pequeño que ha abandonado la casa del padre

y no se alegra con su regreso, como se alegra el Padre (cfr. Lc 15,11-32).

EL APOCALIPSIS DE JUAN, ESCRITO CRISTIANO DE RESISTENCIA FRENTE AL IMPERIO ROMANO

No quiero terminar esta introducción al Nuevo Testamento sin aludir a otro tipo de literatura que encontramos en él: la literatura apocalíptica.

Es una literatura de resistencia escrita por los “guerrilleros de la fe”, que invitan a la comunidad judía o cristiana a resistir frente a las persecuciones del imperio de turno y a tener la esperanza de que Dios, Señor de la historia, acabará haciendo justicia a los creyentes y pedirá cuentas al imperio injusto por sus males.

La literatura apocalíptica bíblica floreció en tiempos de la persecución religiosa, que sufren las comunidades judía (cfr. Daniel, 2Baruc, 4 Esdras) y cristiana (Mc 13; Mt 24; Lc 21; Apocalipsis de Juan).

En el caso de *Apocalipsis de Juan*, su autor hace referencia a la persecución por parte de Roma (en Ap 13 y 17-18 denominada “la Bestia”, la “gran prostituta”, “Babilonia”), que viven las comunidades juánicas, en tiempo de Domiciano (hacia el 96 d.C.). El profeta Juan, autor del libro, aplica al emperador la leyenda del “Nerón redivivo” (cfr. Ap 13,3 y 17,9-

11). Y le aplica la cifra 666, en Apocalipsis 13, 18, indicando que “el inteligente” puede calcular a quien se refiere la cifra (la suma de las letras hebreas de las palabras “Nerón César” da la cifra 666).

El imperio romano parece todopoderoso y margina (Ap 13, 11-17) a todos los que no adoran sus principios y valores, representados por el emperador: “Y seduce a los habitantes de la tierra con las señales que le ha sido concedido obrar al servicio de la Bestia, diciendo a los habitantes de la tierra que hagan una imagen en honor de la Bestia que, teniendo la herida de la espada, revivió. Se le concedió infundir el aliento a la imagen de la Bestia, de suerte que pudiera incluso hablar la imagen de la Bestia y hacer que fueran exterminados *cuantos no adoran la imagen de la Bestia*. Y hace que todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se hagan una marca en la mano derecha o en la frente, y que nadie pueda comprar nada ni vender, sino el que lleve la marca con el nombre de la Bestia o con la cifra de su nombre.”

Pero el Apocalipsis quiere dar

una “buena noticia eterna” (cfr. Ap 14,6): Dios es el auténtico “señor” de la historia y ha dado todo su poder a Jesús, muerto y resucitado (el “cordero degollado de pie ante el trono de Dios”) (cfr. Ap 5). Roma acabará cayendo. Los males no durarán más de *42 meses* (cfr. Ap 11,2-3), el equivalente a tres años y medio, la mitad de *siete*, el número perfecto, de plenitud. Dice algo equivalente a nuestro refrán: “no hay mal que cien años dure”.

La historia, guiada por Dios, avanza hacia una meta positiva. Se anuncia la utopía de la nueva creación. El mal y el dolor habrán cesado. Dios hará nuevas todas las cosas: “Luego vi *un cielo nuevo y una tierra nueva*. Y vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo. Y oí una fuerte voz que decía desde el trono: “esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá *su morada entre ellos y ellos serán su pueblo* y él, *Dios-con-ellos*, será su Dios. *Y enjugará toda lágrima de sus ojos*, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado.

Entonces dijo el que está sentado en el trono: “Mira que hago un mundo nuevo.” (Ap 21,1-5).

El libro quiere ser una explicación teológica de la historia, de cómo se pasa de la Iglesia militante en la tierra, mezcla de bien y de mal, a la Iglesia triunfante en el cielo. Para ello es fundamental que la Iglesia, consciente de su vocación profética que brota de la asimilación del *librito* que simboliza el evangelio (cfr. Ap 10), se movilice contra los falsos valores representados por el imperio romano. Este es el símbolo de las *trompetas* del tercer septenario de Ap 8,2-14,5.

Se comprende que un mensaje tan subversivo para el imperio romano tenga que ser escrito en clave simbólica para que el cristiano tome conciencia de que mientras estemos en este mundo, el imperio siempre vuelve a reencarnarse en otro. Hay que estar siempre atentos, por fidelidad al evangelio de Jesús de Nazaret, para dar fuerza a nuestro amor solidario con los pobres y a nuestra esperanza de que “otro mundo, otra -globalización- es posible”.

A MODO DE CONCLUSIÓN

El reconocimiento de que el Nuevo Testamento es esencialmente *literatura*, invita a tomar en serio lo que esto significa. Cuanto mejor se conoce la literatura, más se puede profundizar en el signi-

ficado del Nuevo Testamento, evitando lecturas “fundamentalistas” del mismo. Si, como señala el Concilio Vaticano II, en su Constitución *Dei Verbum* (n.13), “las palabras de Dios, expresadas en

lenguas humanas, se han hecho semejantes al lenguaje humano, a la manera como un día el Verbo del Padre eterno, al tomar la carne de la flaqueza humana, se hizo semejante a los hombres”, resulta evidente que el Nuevo Testamento participa de las características propias de un texto literario y sus textos son comparables a los grandes textos de la literatura universal.

Y termino con una cita de José Pedro Tosaus: Existe una importante influencia de la Biblia en la literatura occidental de todos los tiempos que se deja ver en las leyendas bíblicas recogida por el

Cantar del Mío Cid o por el Arcipreste de Talavera, y que constituye una importante fuente de inspiración para autores clásicos y modernos en todas las literaturas de cultura cristiana.

Recuperar e interpretar adecuadamente la literatura bíblica, incluyendo el Nuevo Testamento, es recuperar la memoria histórica del pueblo de Dios cristiano. No se trata de una *memoria* cualquiera. Como descubre el libro del Apocalipsis, se trata de una *memoria subversiva* y *fuentes de esperanza* para los pueblos crucificados.

Condensó: JOSEP M. BULLICH
